



PARA LA SUPERACIÓN DE LA INDIFERENCIA RELIGIOSA *

CARD. PAUL POUPARD

1. *Introducción: el Consejo Pontificio para el diálogo con los no creyentes y el Quinto Centenario de la primera Evangelización de América Latina*

Desde hace varios años el Consejo Pontificio para el diálogo con los no creyentes promueve encuentros internacionales con sus miembros, consultores y otros expertos, para estudiar respuestas pastorales al grave fenómeno de la increencia, adecuadas a distintas zonas del mundo. Se han celebrado ya varias reuniones de este tipo en Europa Central. El próximo encuentro internacional de esa zona tendrá lugar en septiembre de este año en Praga y participarán en ella también algunos representantes de los países que se han liberado recientemente de la opresión marxista leninista atea.

El pasado mes de octubre ha tenido lugar un simposio en Ottawa para estudiar el problema de la indiferencia religiosa en los Estados Unidos de América y en Canadá. A comienzos de julio, Dios mediante, tendremos en Madrid una reunión para los países más occidentales de Europa sobre el tema «Anunciar el Dios de la libertad en el mundo actual».

Con estos encuentros se trata de crear ocasiones para mejorar el cumplimiento de la tarea confiada por el Santo Padre al Dicasterio para el diálogo con los no creyentes, en estrecha colaboración con las Iglesias locales, en este campo de vanguardia de la pastoral.

*. Texto del discurso inaugural del Simposio sobre: «*El indiferentismo religioso en América Latina a la luz de la relación entre cultura y religiosidad*», organizado por el Secretario para la no creencia del CELAM y por el Consejo Pontificio para el Diálogo con los No-Creyentes. (San José de Costa Rica, 19-23 de enero de 1992).



El presente simposio se coloca en el periodo y en el ambiente de preparación para el Quinto Centenario del comienzo de la Evangelización del Nuevo Mundo, y de la Cuarta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, que inaugurará el Santo Padre Juan Pablo II en Santo Domingo el 12 de octubre y cuyo tema será: «Nueva Evangelización, Promoción humana, Cultura cristiana. Jesucristo ayer, hoy y siempre (cf. Heb 13, 8)».

El pasado 1 de junio de 1991 el Santo Padre, en su discurso a la Segunda Asamblea Plenaria de la Pontificia Comisión para América Latina, se ha referido una vez más a la Nueva Evangelización que debe llevarse a cabo, diciendo: «Se trata de trazar ahora, para los próximos años, una nueva estrategia evangelizadora, un plan global de evangelización, que tenga en cuenta las nuevas situaciones de los pueblos latinoamericanos y que constituya una respuesta a los retos de la hora presente, entre los que están en primer plano, la creciente secularización, el grave problema del avance de las sectas y la defensa de la vida en un continente donde deja sentir su presencia destructiva una cultura de la muerte».

Diversos fenómenos sociales ligados al desarrollo, como la urbanización, la emigración, las situaciones de injusticia, han dado lugar a la aparición y crecimiento de la indiferencia religiosa. Gracias a Dios, la religiosidad es muy fuerte en los países latinoamericanos. Sin embargo, los problemas que van surgiendo nos urgen a reflexionar para evitar, en la medida de lo posible, la triste experiencia de las naciones más avanzadas, donde la indiferencia religiosa ha alcanzado proporciones muy graves. Es importante aprender de las experiencias ajenas y tratar de llegar a tiempo.

Nuestro trabajo durante estos cuatro días debe estar presidido constantemente por una intención pastoral. Los análisis de la situación son indispensables, pero no son un fin en si mismo. Sirven para conocer bien el problema, para tener una conciencia más viva de su importancia y sobre todo para encontrar soluciones positivas. Estamos reunidos junto a la Santísima Virgen, no lejos del lugar de su primer santuario en la tierra firme del continente, Santa María la Antigua del Darién. Con Ella nos dejaremos penetrar por el Espíritu Santo, que habita en nuestras almas, y así, movidos por su Amor e iluminados con su Luz, hallemos propuestas pastorales para mejorar el gran trabajo que ya se lleva a cabo.

En este discurso de apertura del Simposio trataré de ofrecerles una visión de conjunto de la indiferencia religiosa para encuadrar nuestra posterior discusión en torno a los aspectos más sectoriales previstos para las ponencias.



2. *La indiferencia religiosa hoy*

La situación actual de la no creencia es nueva respecto a la de hace algunos años. El número de los que sostienen teóricamente el ateísmo es actualmente muy reducido. La negación de Dios con pretensiones de argumentación racional es hoy más bien rara. Es más, como dice Etienne Gilson: el ateísmo se ha hecho difícil, «es la no-existencia de Dios lo que plantea problemas»¹.

Estamos asistiendo en estos años al desmoronamiento de las ideologías ateas, en especial del marxismo leninismo. También está a la vista de todos el crepúsculo del cientifismo: el mundo de la ciencia se ha vuelto más consciente de los propios límites metodológicos. En los últimos años he tenido ocasión de comprobarlo: en el diálogo sobre cuestiones religiosas y metafísicas, con frecuencia los científicos se muestran más abiertos que los expertos en ciencias humanas. Estos últimos muchas veces no advierten los reduccionismos antropológicos provocados por el uso de una metodología unilateral.

En el nivel de la teoría, hoy se da poco la posición «fuerte» de afirmar: «sé que Dios no existe». En cambio abunda el agnosticismo: «no sé si Dios existe». Más aún: «no puedo saber si Dios existe». La inteligencia, acostumbrada a un trabajo unilateral en la línea de la ciencia positiva, se encuentra casi incapaz de razonar más allá de la física y de la verificación empírica. Esto vale para los intelectuales y para la cultura de masas. El liceo y la universidad han extendido mucho el agnosticismo y el escepticismo.

Si el ateísmo teórico está disminuyendo, el ateísmo práctico, por el contrario, ha crecido mucho. Juan Pablo II lo constata en la Exhortación Apostólica *Christifideles laici*: «Enteros países y naciones, en los que en un tiempo la religión y la vida cristiana fueron florecientes y capaces de dar origen a comunidades de fe viva y operativa, están ahora sometidos a dura prueba e incluso alguna que otra vez son radicalmente transformados por el continuo difundirse del indiferentismo, del secularismo y del ateísmo. Se trata, en concreto, de países y naciones del llamado Primer Mundo, en el que el bienestar económico y el consumismo —si bien entremezclado con espantosas situaciones de pobreza y miseria— inspiran y sostienen una existencia vivida «como si no hubiera Dios». Ahora bien, el indiferentismo religioso y la total irrelevancia práctica de Dios para resolver los problemas,

1. E. GILSON, *L'athéisme difficile*, París 1959, p. 12.



incluso graves, de la vida, no son menos preocupantes y desoladores que el ateísmo declarado»².

En las sociedades del bienestar se ha desarrollado un materialismo práctico que ahoga la vida del espíritu más que el ateísmo oficial. En su libro *Hablar de Dios es peligroso*, Tatiana Goricheva cuenta que dejó la Unión Soviética y vino a Occidente para poder hablar y actuar más libremente. Se asombró al conocer ese nuevo mundo de bienestar, donde todo estaba al servicio del hombre, donde debería ser más fácil la vida espiritual. Y se llenó de tristeza al ver que ahí los hombres se olvidaban de Dios.

No es fácil encontrar una distinción entre ateísmo práctico e indiferencia religiosa. Al menos hoy, el vivir sin Dios no es, en muchos casos, el fruto de una elección consciente, sino la manifestación de un desinterés por el «problema esencial del hombre esencial»³, que es Dios mismo.

Se trata de un fenómeno grave. Hace ya más de siglo y medio el pensador francés Lamennais empezaba la introducción de su *Ensayo sobre la indiferencia en materia de religión* con estas palabras: 'El siglo más enfermo no es el que se apasiona por el error, sino el que descuida y desdeña la verdad'⁴. Algunas páginas después amplía esa afirmación: el ateísmo, decía Leibniz, será la última de las herejías; después vendrá la indiferencia, pero ésta ya no es una doctrina, pues los indiferentes no niegan ni afirman nada.

Desde esta previsión clarividente hasta la situación actual la indiferencia ha conquistado grandes masas humanas. Muchedumbres enteras, sobre todo en las grandes ciudades, están marcadas profundamente por el materialismo práctico y encerradas en un horizonte puramente terreno. No creen, ni rezan. La cuestión de Dios no parece afectarles en absoluto. Prácticamente el cuerpo, la salud, la conservación de la vida biológica, el sexo y el dinero son los valores dominantes en su comportamiento diario. Estos hombres y mujeres viven en una sociedad secularizada y, según una expresión fuerte de Juan Pablo II, están «como atrapados en un mundo materialista, sin horizonte trascendente, como engullidos en un océano de secularización»⁵.

2. n. 34.

3. C. FABRO, *Le Prove dell' esistenza di Dio*, Brescia 1989, p. 7

4. F. DE LA MENNAIS, *Oeuvres complètes*, París 1836-37, citado por V. Miano en AA.VV., *L'indifferenza religiosa*, Secretariado para los no creyentes, Roma 1978, p. 9.

5. *Discurso*, 22.III.1985. Cf. «Ateísmo y Diálogo», 1985, 2-3, pp. 100-104.



No se trata ahora generalmente de ataques contra la fe, sino de la presentación, sobre todo a través de los *mass media*, de un mundo sin fe ni oración. Es un pseudo-mundo donde sus protagonistas no tienen fe alguna ni rezan, donde no hay una experiencia real del sufrimiento o de la muerte.

Está indiferencia se difunde hoy incluso entre personas que se consideran creyentes. Demasiados cristianos parecen como incapacitados para mostrar a los demás, a través de su vida y de manera convincente, la importancia de Dios para las cuestiones vitales del hombre. Es más, con frecuencia también ellos parecen vivir *etsi Deus non daretur*, como si Dios no existiese. Algunos llegan a preguntarse: ¿para qué sirve la fe? ¿para qué creer? De este modo la fe se convierte en algo insignificante e inútil.

En sustitución de Dios, el hombre se ha forjado nuevos ídolos: la ciencia y el progreso tecnológico, buenos en sí mismos, se buscan como solución última de todas las dificultades; el dinero y los beneficios son deseados a toda costa y con todos los medios bajo la presión de la sociedad de consumo; el bienestar y el placer pierden su justo lugar en la vida humana y se convierten en último fin. Detrás de todos estos ídolos, se encuentra un único ídolo radical: el hombre transformado en dios para sí mismo.

Estos nuevos ídolos ponen de manifiesto la otra cara de la indiferencia religiosa: el materialismo práctico. El hombre se ha erigido en señor absoluto de lo terreno, pero con ello paradójicamente se ha hecho esclavo de los bienes materiales. La libertad, don divino para poder amar con amor de amistad, se ha degradado en espontaneidad instintiva, sucesiva y egoísta.

3. *Hacia el origen de la indiferencia religiosa actual*

Las causas de esta situación de indiferencia generalizada son múltiples y de naturaleza diversa: van desde determinadas posiciones filosóficas, teológicas y culturales hasta fenómenos sociales característicos de nuestro tiempo. Además estas influencias se mezclan entre sí y no todo en ellas es negativo.

En el mundo del pensamiento se observa un desarrollo progresivo de la autonomía humana respecto a Dios. Se parte desde la posición de planteamientos inmanentistas, con Descartes y Kant. Se pasa por la negación de Dios, por ejemplo en Feuerbach, Nietzsche y Sartre. Y se llega finalmente a las formas de nihilismo postmoderno, como el llamado «pensa-

miiento débil» de Vattimo. Aquí desaparece todo valor, todo significado e incluso el mismo sujeto humano: el hombre ha de resignarse a vivir distraído con lo efímero, a dejarse llevar por las pulsiones instintivas de cada momento, sin la pretensión de poder hallar un sentido.

Este desarrollo del pensamiento filosófico, teológico y literario a lo largo de varios siglos ha ido formando una cultura opuesta a la fe o al margen de ella. De este modo la política, el derecho, la economía, la ciencia, las artes y las ciencias humanas se han desarrollado sin la orientación de la antropología plena revelada en Cristo. Como afirmó Pablo VI, «la ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda el drama de nuestra época, como lo fue también de otras»⁶. Esa cultura, forjada sobre todo en las universidades, se ha transmitido después desde ellas a todos a través de la enseñanza media y superior y especialmente de los *mass media*, que la presentan con la fuerza del modelo vivo en carne y hueso.

Al mismo tiempo en los últimos siglos se ha dado una profundización en algunos valores de matriz cristiana. Adriano Bausola lo ha señalado en el reciente Simposio presinodal sobre «Cristianismo y cultura en Europa», que el Santo Padre me encargó organizar en calidad de Presidente del Consejo Pontificio de la Cultura: el espíritu de libertad, junto a otros valores propios de la modernidad como el reconocimiento de los derechos humanos o la imaginación creadora, tiene su origen en el cristianismo y no se encuentra en las diversas culturas, si no es gracias a su influjo⁷.

En ese periodo ha tenido lugar una progresiva toma de conciencia de la justa autonomía de las realidades terrenas o seculares, reconocida y asumida en el Concilio Vaticano II. Pero el ambiente de cerrada inmanencia ha deformado esos descubrimientos válidos en si mismos. Así la justa secularización se ha convertido en secularismo, la libertad y los derechos humanos han degenerado de modo patológico en autonomía absoluta. De aquí nace, por tanto, la urgencia de proseguir el trabajo de asimilación de la doctrina conciliar sobre la visión teologal del mundo secular.

Además de estos cambios en el mundo del pensamiento, algunos grandes fenómenos sociales han transformado la vida humana y han borrado casi por completo los puntos de referencia tradicionales del hombre para orientarse en la vida del espíritu. Se trata de la urbanización, la emigración y la industrialización. No es que estos fenómenos hayan causado la

6. *Evangelii nuntiandi*, n. 20

7. *Cristianesimo e cultura in Europa*, Atti del Simposio presinodale, Vaticano 28-31 de octubre de 1991, «Il Nuovo Areopago» 3-4, pp. 42-56.

indiferencia religiosa, pero indudablemente han contribuido a su crecimiento y difusión. Estos cambios, vividos en el clima cultural descrito, alejan al hombre del contacto directo con la naturaleza, producen un mundo en gran parte artificial, donde casi todo parece ser obra del mismo hombre, y facilitan la pérdida de las raíces y de la memoria histórica.

Ya en el encuentro sobre «Evangelización y Cultura» de 1985 en Río de Janeiro, preparado por el CELAM y auspiciado por el Consejo Pontificio de la Cultura, los participantes abordamos este problema y escribimos en las conclusiones: «no hay por qué pensar que las formas esenciales de la conciencia religiosa estén exclusivamente ligadas con la cultura agraria. Es falso que el paso a la civilización urbano-industrial acarrea necesariamente la abolición de la religión. Sin embargo, constituye un evidente desafío, al condicionar con nuevas formas y estructuras de vida, la conciencia religiosa y la vida cristiana»⁸. Nuevamente en la última Asamblea Plena del Consejo Pontificio para el diálogo con los no creyentes, en marzo de 1991, varios participantes de América Latina han señalado la creciente secularización en las ciudades, especialmente en las grandes metrópolis, donde afluye constantemente un número considerable de personas en busca de mejores condiciones de vida. Uno de los grandes retos para la Iglesia en estos países es el de lograr el desarrollo, sin sufrir las mismas consecuencias negativas que éste tuvo en el Primer Mundo.

A estos fenómenos sociales se ha sumado más recientemente la gran difusión de los medios de comunicación social. Estos medios y de modo especial la televisión se han convertido en los maestros de muchedumbres. Innumerables personas absorben sin sentido crítico ni discernimiento los modelos de vida y la imagen del mundo que se les presenta. La extraordinaria capacidad de penetración de estos medios y el hecho de actuar casi siempre guiados sólo por la ley del beneficio y del poder a toda costa, explican en gran parte la rápida evolución social ocurrida en los últimos años.

En estos últimos años el crecimiento de las sectas se ha revelado como otro elemento generador de indiferencia. Muy frecuentemente las personas que en un momento de fervor o por una presión externa han caído en los lazos de las sectas, después de algún tiempo abren los ojos a la realidad, se dan cuenta del engaño y quedan profundamente desencantadas de todo lo religioso en general, llegando a una total indiferencia.

8. *Evangelización de la Cultura*, CELAM, Bogotá, p. 82, n. 432.

Para nuestro estudio de propuestas pastorales no basta con señalar las sombras del cuadro actual, sino que es indispensable ver también las luces.

En primer lugar, en los países de América Latina hay que destacar la fuerza de la religiosidad popular. La fe está arraigada en la existencia de muchos millones de hombres. La gran mayoría de los latinoamericanos tratan a Cristo y se esfuerzan sinceramente por informar sus vidas con sus enseñanzas. Este es un hecho importante, algunas veces no valorado suficientemente. Hablando del V Centenario de la llegada del mensaje de Jesucristo a América Latina, Juan Pablo II ha dicho recientemente: «Lo que la Iglesia celebra en esta conmemoración no son acontecimientos históricos más o menos discutibles, sino una realidad espléndida y permanente que no se puede subestimar: *la llegada de la fe, la proclamación y difusión del mensaje evangélico en el continente*. Y lo celebra en el sentido más profundo y teológico del término: como se celebra a Jesucristo, Señor de la historia y de los destinos de la humanidad, «el primero y más grande evangelizador», ya que él mismo es el «Evangelio de Dios»⁹ cf. *Evangelii nuntiandi*, n. 7.

Además es necesario no olvidar una afirmación de Juan Pablo II en el discurso a la Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio para el diálogo con los no creyentes de 1985, refiriéndose a la Europa secularizada y sumergida en un cierto ateísmo práctico: «En los países de antigua tradición cristiana, el cristianismo no se mide con sondeos y estadísticas. Con frecuencia está enterrado en las conciencias; es necesario despertarlas»¹⁰.

Además una multitud de hombres y mujeres sin vinculación expresa con alguna religión o habiendo roto con ella, procuran vivir una vida profundamente humana en la familia y en la sociedad, enamorados de la belleza, de la verdad, de la bondad, de la libertad, de la justicia, de la solidaridad. ¡Cuánto amor hay en la vida de tantos hombres y mujeres que desde hace siglos engendran nuevas personas a la vida, gozan con los hijos de una modesta felicidad, abierta y participada a los demás de manera que se caracterizan por una generosidad sin cálculo! Se trata sin duda de semillas de verdad que es urgente llevar a su plenitud en el Verbo de la vida, que es su fuente y su término.

9. *Discurso*, 5.I.1992.

10. *Discurso*, 22.III.1985. En «Ateísmo y Diálogo» 1985, 2-3, p. 101.



Ciertamente otros muchos están como desencantados y han perdido incluso la fe humana en los valores propios de la dignidad del hombre. Pero también es verdad que, a largo plazo, vivir en la indiferencia produce una profunda insatisfacción y un deseo de volver, como el hijo pródigo, a la casa del Padre. Llega un momento, antes o después, en que la sed de Dios no se puede contener y el hombre retorna a su Creador. ¿Acaso no es significativo que en todas partes se advierta un despertar religioso, a veces aún numéricamente reducido, o que muchedumbres de hombres y mujeres, de todas las religiones o sin religión, sigan con tanto interés las palabras del Santo Padre, especialmente en sus viajes?

La reciente Asamblea especial del Sínodo de los Obispos para Europa, en su declaración final, ha hablado del «colapso tan repentino y verdaderamente extraordinario del sistema, en el que tuvo un gran influjo el testimonio heroico de las Iglesias cristianas. Incluso muchos no creyentes consideraban un «milagro» estos acontecimientos» (I, I). El papel del cristianismo en estos cambios ha sido ampliamente demostrado en los testimonios del Simposio presinodal sobre «Cristianismo y cultura en Europa» y en los del Sínodo. Esto ha llevado consigo una disminución del peso opresivo de las ideologías atéticas en todo el mundo y una valoración más positiva de la religión en la vida contemporánea. A la vez va generalizándose el convencimiento de que es necesario recuperar la memoria histórica y apreciar debidamente las raíces cristianas de la cultura occidental.

5. *Diez propuestas pastorales*

a) Despertar las conciencias del mal sueño de la indiferencia no puede reducirse a una tarea pastoral especializada, sino que requiere *poner en juego todos los recursos pastorales* de la Iglesia y actuar en profundidad la renovación señalada por el Concilio Vaticano II.

b) Lo más importante es que los cristianos den *un testimonio eficaz del Papel decisivo de Dios para todos los problemas de la vida humana*. En definitiva, se requiere un renovado empeño de santidad. Como ha dicho Juan Pablo II hablando en 1985 al Consejo de la Conferencia Episcopal de Europa: «Hacen falta heraldos del Evangelio expertos en humanidad, que conozcan a fondo el corazón del hombre, que tomen parte en sus alegrías y esperanzas, en sus angustias y tristezas, y sean al mismo tiempo contemplativos enamorados de Dios. Por eso hacen falta nuevos santos. Los grandes evangelizadores de Europa fueron santos. Debemos pedir al Señor que

amente el espíritu de santidad de la Iglesia y nos envíe nuevos santos para evangelizar al mundo de hoy».

c) Esto exige *una autoevangelización de la Iglesia*, como decía ya la *Evangelii nuntiandi* de Pablo VI, y un empeño para rehacer el tejido cristiano de las mismas comunidades eclesiales, como ha recordado Juan Pablo II en la *Christifideles laici* (n. 34). So pena de disolverse en la indiferencia y de perder la propia identidad, el cristiano debe ir contra corriente con respecto a la mentalidad dominante, no ha de tener miedo a pasar por inconformista. Su regla de conducta es la que San Pablo enseñaba a los primeros cristianos de Roma, en el corazón de la capital pagana de los Césares: «No os conforméis a este mundo, sino transformaos renovando vuestro espíritu» (Rom 12, 1).

d) Para que la creciente valoración y autonomía de las realidades temporales no se convierta en secularismo *es decisivo cuidar muy bien la formación de los laicos*, porque son ellos los que deben configurar según el querer divino manifestado en Cristo las estructuras temporales.

e) Esto requiere *un incremento, en extensión y en profundidad, de la tarea educativa*. La educación laicista prepara a los jóvenes a la indiferencia religiosa y los desarraiga de Cristo y de la Iglesia. La educación auténtica, por el contrario, es el modo de realizar el adecuado tránsito desde el pasado al presente mirando hacia el futuro, impidiendo la pérdida de la memoria histórica y de las propias raíces cristianas¹¹.

f) La solución de varios problemas de los países de América Latina dependen de un renovado esfuerzo en el campo educativo. *La religiosidad popular ha de ser fortalecida con una mayor formación doctrinal*. De lo contrario, se revela frágil ante el bombardeo continuo de los mensajes que envían los medios de comunicación social. En gran medida, los problemas sociales encuentran una mejora con la labor de promoción de enteros sectores o capas de la sociedad a través de programas educativos. Esta es una inversión inteligente para superar las situaciones de miseria.

g) Hace pocos días, el 10 de este mes, en la Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio de la Cultura tuve ocasión de recordar ante el Santo Padre esta afirmación suya: «el *diálogo de la Iglesia con las culturas de nuestro tiempo* es un campo vital en el que está en juego el destino del mundo en este final del siglo XX». A continuación en su discurso, Juan Pablo II

11. Cf. M. LÉNA, *Storia*. Memoria memoriale: l'atto educativo cristiano, en «Cristianesimo e cultura in Europa», Atti del Simposio presinodale, Vaticano 28-31 octubre 1991, «Il Nuovo Areopago» (1991) 3-4, pp. 323-336.

quiso aplicar esta idea especialmente a América Latina: la nueva evangelización está estrechamente ligada a un renovado diálogo entre las culturas y la fe.

h) Por este motivo, *las universidades católicas o de inspiración cristiana tienen un papel importantísimo*. Si en ellas se lleva a cabo, a alto nivel, la síntesis entre fe y ciencia, constituirán una luz para la orientación de enteras comunidades nacionales.

i) Dentro de este esfuerzo educativo, hemos de *redescubrir la fuerza de la catequesis y de la homilía*. Son la ocasión no de ofrecer nociones abstractas o consideraciones teóricas, sino de presentar modelos vivos de santos, que hagan atrayente el mensaje evangélico sobre todo para los jóvenes. Figuras jóvenes, como Pier Giorgio Frassati o Maria Goretti, santos actuales como Maximiliano Kolbe o Edith Stein, hijos de América Latina como Teresa de los Andes, Febres Cordero, la Madre Laura o el Padre Pro y los mártires de la revolución mexicana deben presentarse a la gente joven para animarles a seguir a Cristo de cerca.

j) Una fuente segura de eficacia apostólica es *la inserción del esfuerzo pastoral de las Iglesias locales en el conjunto de la vida de la Iglesia católica en todo el mundo*. A este respecto, aprovecho la ocasión para anunciar que el Santo Padre ha aprobado el tema de reflexión pastoral que el Consejo Pontificio para el Diálogo con los No-Creyentes ha presentado para la próxima Asamblea Plenaria: «*Hablar de Dios al hombre de hoy*». Las diversas circunstancias de este momento histórico muestran su oportunidad: ha llegado de nuevo la hora de hablar de Dios a un mundo en crisis. El correspondiente cuestionario ha sido enviado en los últimos días.

6. Conclusión

Ciertamente hay otros remedios pastorales que saldrán a la luz a lo largo de este Simposio. Sólo he querido recordar algunos que me parecen particularmente importantes de cara al futuro y aprovechando las experiencias pasadas. Trabajemos confiados y con esperanza, porque tenemos la asistencia del Espíritu Santo, que nunca nos abandona, porque estamos bajo la protección de la Madre de Dios, que es también Madre nuestra y porque nos guía el Vicario de Cristo con un magisterio profundo y actual, enraizado en la gran tradición viva de la Iglesia.

América Latina es el Continente de la Esperanza. Y los católicos latinoamericanos son la esperanza del continente. Sus tierras han sido fecunda-

das por el Evangelio. El Quinto Centenario de la primera evangelización es un *Kairós*, una hora de gracia en la historia. Nos lo decía el Santo Padre, al recibir al Consejo Pontificio de la Cultura: «En este jubileo, la Iglesia propondrá verdaderamente el Evangelio de Cristo a los hombres en la medida en que se dirigirá a cada hombre en su cultura y en que la fe de los cristianos mostrará su capacidad de fecundar las culturas emergentes, portadoras de esperanza para el porvenir».

Card. Paul Poupard
Consejo Pontificio para el Diálogo con los No-Creyentes
CIUDAD DEL VATICANO